



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Dos alarmas

Sobre dos artículos

Las cosas tienen valor por su importancia propia o por la importancia que reciben. Este último es el caso de un artículo de don José María Pemán, publicado de manera muy destacada en «ABC» con el título «Filosofía tranquila de una fecha exaltada». La fecha es la del 18 de julio, y la importancia principal del artículo está —sin caer en la propia— en la sobresaltada réplica que le ha opuesto el diario madrileño «Pueblo», a la cual se le ha dado un carácter ofensivo difundiendo la por las ondas de la Radio Nacional. El artículo de «Pueblo» se titula «Una propuesta inaceptable», y bien pudiera titularse «Réplica intranquila a una filosofía tranquila». Verdaderamente, no parece haber tranquilidad por ninguna de las dos partes.

El señor Pemán, en su artículo, avanza cauteloso e impreciso a través de una trama de cultura manejada con más acomodamiento que adecuación. A la salida, el lector no queda tal vez bien enterado de que es lo que quiere el señor Pemán; pero el articulista de «Pueblo», más autorizado para comprenderlo y reconociendo que ello no es fácil, expresa esta irritada conclusión: «Detrás de cierta chocante oscuridad, allí está la propuesta de liquidación política de la victoria». Decir liquidación es precisar poco; más para «Pueblo» no hay liquidación que valga, y el Movimiento debe marchar indefinida e inliquidablemente, igual a sí mismo, por la impulsión recibida del 18 de julio. Ni siquiera puede tomar en cuenta esa vaga iniciativa de liquidación que acusa en el señor Pemán. Es de señalar que, para hacerla, se proclama francamente entre los hombres del 18 de julio: «¿Lo hará con sincero orgullo? De todos modos, no podría negarlo».

La primera afirmación del señor Pemán es como para hacer desconfiar de las otras. Dice que el 18 de julio es una fecha que significa un entusiasmo unánime. Entonces, si no hubiera sido unánime ¿de cuánto más tiempo y de cuántas más ayudas extranjeras hubiera tenido necesidad el ejército sublevado? El señor Pemán cree que el 18 de julio fue una gran cosa y que sus consecuencias también; pero algo parece ver en la actualidad de esas consecuencias, que lo intranquiliza y que le hace decir: «Hay que ir entregando el 18 de julio a los que no lo vivieron, como un impulso dinámico, no como una retórica paralizante».

Es pensamiento hace brincar al portavoz de «Pueblo». «Curiosa idea —dice— la de ir a consultar a todos.» ¿A todos? Y le dice al señor Pemán: «Pero si están más encendidos que nunca todos esos señores del 36 al 39 y su propósito de dura revancha estalla por todas las costuras en la pública de los emigrados y en la acción clandestina de los que se quedan! ¿No le Pemán sus periódicos?»

No; el alarmado portavoz de «Pueblo» no admite que el «sistema», esto es, la administración del Estado, sea de todos los españoles, sino de quienes lo poseen por derecho de comendamiento. No le da de ser «de todos», pero sí «para todos»; es decir, que todos tendrán la obligación de cargar con el «sistema», bajo el mando de los socios propietarios.

Así ocurre ahora, y a los del 18 de julio les va bien con el sistema. «Por eso —dice el de «Pueblo»— no lo entregamos ni mediatizamos y nos alarma la amenaza de convenio de Vergara «à retardement» con quienes representan la doctrina opuesta que tanto costó vencer.» E insistiendo en el tema de la alarma, la réplica termina así: «Estas líneas no quieren ser otra cosa que las de un español alarmado que hace reparos a un escritor que se presenta casi sin quererlo —eso sí— como pontifical consejero».

He ahí el 18 de julio mostrando, al cabo de veinticuatro años, dos alarmas diferentes. Una es la alarma del señor Pemán que, ante las señales que presentan los tiempos, piensa en abrir al estancado régimen unos cauces hacia eso que «Pueblo» llama liquidación. Otra es la alarma de «Pueblo» que se sobresalta ante la idea de que los ocupantes pierdan su condición de tales. En realidad, las dos son una misma preocupación o un mismo interés. Verdaderamente esos dos amigos no tienen por qué disgustarse demasiado sobre si deben dar participación a los demás, al menos por nosotros que, al fin y al cabo, no hemos podido nada.

El área útil

Mojones inconvertibles

DESDE hace algún tiempo los comunistas españoles vienen realizando obstinados esfuerzos para que los socialistas se sumen a ellos, en la campaña que llaman de unidad, para derribar al régimen franquista. Apenas pasa un día que su prensa no repita los llamamientos a la unificación, aunque sin perder coyuntura para insinuar que la masa de afiliados no es opuesta a tal empresa, siendo solamente opuestos sus elementos directivos. Pero es el caso que no puede haber semejanza dualidad, porque en una colectividad regida por una efectiva democracia interna, su dirección debe atenderse forzosamente al criterio predominante entre la masa, reflejado en resoluciones que adoptan congresos periódicos, acomodados a la voluntad mayoritaria de los militantes. Estos pueden hacer oír su voz en dichas asambleas soberanas a través de delegaciones que ellos mismos nombran y a las cuales dan los correspondientes mandatos.

No ocurre nada análogo en el seno del partido comunista español ni en el de ningún otro con la misma denominación. En todos es inexistente la democracia, tanto aplicada a su vida interior como externamente a la gobernación de naciones dominadas por ellos. El patrón es Rusia y a él se ajustan las tituladas —falsas y redundantemente— «democracias populares», donde la designación de los Gobiernos nacionales como la de comités políticos depende de factores misteriosos, ajenos por completo a elecciones y afiliados, provistos unos y otros del muy menudado derecho de asentir, bien dando su voto a candidaturas impuestas que no pueden sustituir por otros, o bien aprobando acatadamente resoluciones sobre las que no se les ha permitido deliberar.

Se han disuelto ya aquellas aglomeraciones que durante nuestra guerra civil lograron formar el comunismo. Este, al comienzo de tal contienda, era un partido minúsculo, insignificante, que mientras se desarrolló la lucha armada fue inflándose mediante coacciones y favoritismos, por haberse dejado imprudentemente en sus manos resortes importantes. Pero dichas aglomeraciones se deshicieron como la espuma al desaparecer los factores con que la espuma se formaba. Entonces hubo también en España un movimiento de «rampita» hacia la Rusia suministradora de material bélico que otros se negaron a vendernos, pese a ofrecerles pagárselo al contado. Dicho movimiento se disipó porque Rusia, no obstante tener como garantía en sus arcas las reservas de oro del Banco de España, cobrando a cuenta de ellas por adelantado, mostrarse parca en el suministro y prefirió nuestra derrota para quedarse con el saldo de tan fabulosa cantidad.

Algo similar ocurrirá pronto, a menos que quienes neciamente han provocado semejante reacción la vayan complicando con otras más graves que pudieran producir su insigne torpeza. Porque en punto a torpe, el Gobierno norteamericano a punto y raya al más pintado. Pero si la guerra no estalla, las bases militares que los Estados Unidos tienen en nuestro país desaparecerán, concluyendo la semiocupación militar yanqui. Entonces, al desvanecerse la odiosidad que suscitan, se extinguirá el reflejo comunistófilo ocasionado por ellas. El panorama puede cambiar súbitamente.

Los temas aquí apuntados los desarrollé semanas atrás en carta dirigida a un intelectual que, persiguido por Franco, ha pasado de la cárcel al exilio, carta de donde copio los siguientes párrafos: «No siento temores de que el comunismo, sean cuales sean las ventajas circunstanciales que ahora disfrute, llegue a desbarancar al socialismo en España. El crecimiento...

La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

Entre los paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

Por Indalecio Prieto

ra de ellos, perpetuando el enterramiento de la libertad en España, ya que el comunismo tiene iguales normas gubernativas que el franquismo, las cuales no son ciertamente las descurridas por José Antonio Primo de Rivera para el falangismo.

Me inclino a creer que en las pertinentes invitaciones de los comunistas influye el engreimiento de suponerse casi dueños de la adhesión del proletariado, con gran error de perspectiva, porque el proletariado continúa adscrito únicamente a la Unión General de Trabajadores y a la Confederación Nacional del Trabajo, ambas anticomunistas —antes enemigas y actualmente aliadas— y tiene por expresión política el socialismo. El anticomunismo que, con harta justificación, prevalece en España, se refleja en la comunistofobia que ha prendido en algunas capas intelectuales, pero sin arraigar en la clase obrera.

Se han disuelto ya aquellas aglomeraciones que durante nuestra guerra civil lograron formar el comunismo. Este, al comienzo de tal contienda, era un partido minúsculo, insignificante, que mientras se desarrolló la lucha armada fue inflándose mediante coacciones y favoritismos, por haberse dejado imprudentemente en sus manos resortes importantes. Pero dichas aglomeraciones se deshicieron como la espuma al desaparecer los factores con que la espuma se formaba. Entonces hubo también en España un movimiento de «rampita» hacia la Rusia suministradora de material bélico que otros se negaron a vendernos, pese a ofrecerles pagárselo al contado. Dicho movimiento se disipó porque Rusia, no obstante tener como garantía en sus arcas las reservas de oro del Banco de España, cobrando a cuenta de ellas por adelantado, mostrarse parca en el suministro y prefirió nuestra derrota para quedarse con el saldo de tan fabulosa cantidad.

Algo similar ocurrirá pronto, a menos que quienes neciamente han provocado semejante reacción la vayan complicando con otras más graves que pudieran producir su insigne torpeza. Porque en punto a torpe, el Gobierno norteamericano a punto y raya al más pintado. Pero si la guerra no estalla, las bases militares que los Estados Unidos tienen en nuestro país desaparecerán, concluyendo la semiocupación militar yanqui. Entonces, al desvanecerse la odiosidad que suscitan, se extinguirá el reflejo comunistófilo ocasionado por ellas. El panorama puede cambiar súbitamente.

Los temas aquí apuntados los desarrollé semanas atrás en carta dirigida a un intelectual que, persiguido por Franco, ha pasado de la cárcel al exilio, carta de donde copio los siguientes párrafos: «No siento temores de que el comunismo, sean cuales sean las ventajas circunstanciales que ahora disfrute, llegue a desbarancar al socialismo en España. El crecimiento...

La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

Entre los paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

En España se extrañarían de esto

Con asistencia de unas dos mil personas —dan esta cifra algunas agencias informativas—, la semana pasada se desarrolló en la abadía de Westminster un ceremonia en sufragio de Aneurin Bevan.

Entre la concurrencia se hallaban la viuda del finado, el diputado laborista Jennie Lee; el conde de Eldon, representante a la reina Isabel; el primer ministro Mac Millan, varios otros miembros del Gobierno, numerosos parlamentarios y elementos del Commonwealth.

El doctor Scottwood, obispo de Southek (Londres), que es calificado como un «izquierdista» de la Iglesia anglicana, dijo un sermón en el cual manifestó que Bevan había sido agnóstico, pero no un ateo en el concepto que habitualmente se comprende esta pa-

labra, y que por haber dedicado su vida al servicio de los pobres, de los hambrientos y de los oprimidos, sirvió a Dios, aunque conscientemente no lo reconociera.

Se recordará que los restos de Bevan fueron incinerados, y que entonces no se pronunciaron sermones ni se entonaron cantos religiosos.

En España se extrañarían de esto

Con asistencia de unas dos mil personas —dan esta cifra algunas agencias informativas—, la semana pasada se desarrolló en la abadía de Westminster un ceremonia en sufragio de Aneurin Bevan.

Entre la concurrencia se hallaban la viuda del finado, el diputado laborista Jennie Lee; el conde de Eldon, representante a la reina Isabel; el primer ministro Mac Millan, varios otros miembros del Gobierno, numerosos parlamentarios y elementos del Commonwealth.

El doctor Scottwood, obispo de Southek (Londres), que es calificado como un «izquierdista» de la Iglesia anglicana, dijo un sermón en el cual manifestó que Bevan había sido agnóstico, pero no un ateo en el concepto que habitualmente se comprende esta pa-

Las desventuras de un ministro franquista

Por Rodolfo LLOPIS

NO he venido —declaró el ministro franquista de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, al descender del avión que lo llevó a Londres— a negociar la admisión de España en la OTAN. España —añadió— no necesita entrar en la Otan para formar parte de la Comunidad atlántica y occidental, pues en ella está ya por su tradición cultural y por su situación estratégica. He venido a Londres —precisó el ministro franquista— invitado por el Gobierno de Gran Bretaña. Desde luego —sentenció Castiella—, algo nuevo hay en las relaciones anglo-españolas.

PRECAUCIONES INÚTILES

EL ministro franquista, al pisar tierra inglesa, quiso tomar esas precauciones verbales creyendo que con ellas podría desarmar a quienes se oponían a la realización de su viaje a Londres. Pensaba seguramente en las violentas intervenciones de los diputados laboristas en el Parlamento y tampoco ignoraba que se le preparaba un recibimiento ruidoso.

Las autoridades londinenses, más prácticas, tomaron otras precauciones más eficaces. Comenzaron por reforzar considerablemente el servicio de orden en el aeropuerto donde debía aterrizar Castiella y, además, modificaron a última hora el itinerario que recorrería el ministro franquista hasta llegar a su residencia. Se había publicado que Castiella aterrizaría en el aeródromo de Gatwick y que, desde allí, continuaría viaje, en tren, hasta la estación Victoria, que es donde le preparaban los antifranquistas un elocuente recibimiento. Las autoridades londinenses, a última hora, decidieron que Castiella ganase, desde el aeródromo, por carretera, la Embajada española, lugar de su alojamiento. Ante la Embajada, no hubo manifestación ruidosa alguna, sino un nutrido desfile silencioso de antifranquistas que enarbolaban pancartas alusivas a los presos políticos, cuya libertad reclamaban.

La manifestación de protesta tuvo lugar más tarde. Varios millares de antifranquistas se dieron cita en Marble Arch, desde donde marcharon a Trafalgar Square. Los manifestantes llevaban más de un centenar de pancartas en las que se leían inscripciones como éstas: «Libertad para los presos», «Libertad para España», «Elecciones libres para el pueblo español...» Al pie de la columna Nelson, se pronunciaron varios discursos, sobresaliendo los de los laboristas James Griffiths y Robert Edwards, el de la liberal Manuela Sykes y el del ministro del culto metodista Donald Soper.

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Terminado el mitin, una delegación entregó en la residencia del primer ministro una carta firmada por personalidades inglesas —James Griffiths, Robert Edwards, F. Noel Baker, Elywn Jones, George Jeger, Donald Soper, Manuela Sykes, Ernest Davies, David Ennals, John Clark— en la que se dice: «... Protestamos...

Huésped molesto

En la tribuna del salón de sesiones, se fué directamente a la sala donde estaban reunidos los parlamentarios que forman el Grupo anglo-español. Hasta en ese Grupo, donde todos los adheridos son, en principio, simpatizantes del franquismo, no faltaron quienes le hicieron ciertas preguntas envenenadas. ¿Qué trato se da en España a los protestantes? ¿Qué pasa con los procesos políticos en curso? ¿preguntaron. Y el ministro franquista, con la desenvoltura a que nos tiene acostumbrados, no tuvo inconveniente en afirmar, como si le sorprendieran las preguntas, que en España no había «problema protestante»; ni existían procesos políticos. Los acusados —insistió Castiella— son juzgados por haber infringido las leyes. Ni más ni menos. Los parlamentarios ingleses pudieron, pues, oír de labios del propio ministro que, en España, quienes intentan ejercer los derechos elementales que en Inglaterra como en los demás países civilizados, se consideran inherentes a la persona humana, cometen un delito que el Código penal franquista califica de rebelión contra la seguridad interior del Estado y que sanciona con penas severísimas.

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

Pero donde la audacia del ministro franquista se superó a sí misma fué cuando, sin que nadie se lo preguntara, se entregó a explicar y justificar su actitud durante la guerra mundial. Según Castiella, que la España franquista sea admitida en la OTAN...

De España

ACOTACIONES

FICHA ELECTRICA

SEGUN la Memoria de UNESA, de donde lo reproduce «El Economista», la situación de la producción eléctrica y financiera de la misma en 1959 fué:

Para la producción en el año:

- De origen hidráulico, 14.472 millones de Kw.h.
- De origen térmico, 2.813 millones de Kw.h.
- Total, 17.285 millones de Kw.h.

Es decir, 935 millones más que en 1958.

Para la potencia instalada:

- Hidráulica, 1.830.000 Kw.
- Térmica, 591.000 Kw.
- Total, 2.421.000 Kw.

Lo que da 267.000 Kw. de potencia instalada en más que en 1958.

Para la financiación:

- Por autofinanciación, 2.463 millones de pesetas.
- Por obligaciones y créditos, 3.482 millones de pesetas.
- Por emisión de acciones, 3.180 millones de pesetas.
- Total, 9.125 millones de pesetas.

Durante el quinquenio 1953-58, la suma de inversiones en la industria eléctrica ascendió a 71.625 millones de pesetas. Ello nos da un promedio de 14.325 millones de pesetas por cada uno de los cinco años. Así, pues, 1959 registra una disajustación de las inversiones del orden de 5.200 millones de pesetas en relación al promedio del mencionado quinquenio.

En materia de inversiones, procede subrayar, por lo que se refiere a 1959, el fuerte porcentaje de autofinanciamiento directo —2.463 millones de pesetas— y el indirecto en gran parte de las obligaciones y créditos, que han de ser amortizados a cuenta de los beneficios, descontadas aquellas obli-

gaciones que al cabo de cierto tiempo pueden convertirse en acciones. Las inversiones por autofinanciamiento —habiendo sido en 1958 de 3.482 millones—, es indudable que:

Por J. B.

porten la totalidad del capital.

ORTEGA Y GASSET COMO ARGUMENTO DEL CAPITALISMO PRIVADO

Don J. Gasset Donis Ortiz —ingeniero de Minas—, en un artículo publicado por «El Economista» el 9 de julio, acude a don José Ortega y Gasset para defender el liberalismo económico. A tal fin reproduce unas palabras suyas que copiamos:

«El mayor peligro que hoy amenaza a la civilización es la estafación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos».

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

«Estos dos paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

«El mayor peligro que hoy amenaza a la civilización es la estafación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos».

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

«Estos dos paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

«El mayor peligro que hoy amenaza a la civilización es la estafación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos».

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

«Estos dos paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

Una experiencia personal

LOS temas aquí apuntados los desarrollé semanas atrás en carta dirigida a un intelectual que, persiguido por Franco, ha pasado de la cárcel al exilio, carta de donde copio los siguientes párrafos:

«No siento temores de que el comunismo, sean cuales sean las ventajas circunstanciales que ahora disfrute, llegue a desbarancar al socialismo en España. El crecimiento...

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

«Estos dos paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

«El mayor peligro que hoy amenaza a la civilización es la estafación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos».

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

De España

ACOTACIONES

FICHA ELECTRICA

SEGUN la Memoria de UNESA, de donde lo reproduce «El Economista», la situación de la producción eléctrica y financiera de la misma en 1959 fué:

Para la producción en el año:

- De origen hidráulico, 14.472 millones de Kw.h.
- De origen térmico, 2.813 millones de Kw.h.
- Total, 17.285 millones de Kw.h.

Es decir, 935 millones más que en 1958.

Para la potencia instalada:

- Hidráulica, 1.830.000 Kw.
- Térmica, 591.000 Kw.
- Total, 2.421.000 Kw.

Lo que da 267.000 Kw. de potencia instalada en más que en 1958.

Para la financiación:

- Por autofinanciación, 2.463 millones de pesetas.
- Por obligaciones y créditos, 3.482 millones de pesetas.
- Por emisión de acciones, 3.180 millones de pesetas.
- Total, 9.125 millones de pesetas.

Durante el quinquenio 1953-58, la suma de inversiones en la industria eléctrica ascendió a 71.625 millones de pesetas. Ello nos da un promedio de 14.325 millones de pesetas por cada uno de los cinco años. Así, pues, 1959 registra una disajustación de las inversiones del orden de 5.200 millones de pesetas en relación al promedio del mencionado quinquenio.

En materia de inversiones, procede subrayar, por lo que se refiere a 1959, el fuerte porcentaje de autofinanciamiento directo —2.463 millones de pesetas— y el indirecto en gran parte de las obligaciones y créditos, que han de ser amortizados a cuenta de los beneficios, descontadas aquellas obli-

gaciones que al cabo de cierto tiempo pueden convertirse en acciones. Las inversiones por autofinanciamiento —habiendo sido en 1958 de 3.482 millones—, es indudable que:

Por J. B.

porten la totalidad del capital.

ORTEGA Y GASSET COMO ARGUMENTO DEL CAPITALISMO PRIVADO

Don J. Gasset Donis Ortiz —ingeniero de Minas—, en un artículo publicado por «El Economista» el 9 de julio, acude a don José Ortega y Gasset para defender el liberalismo económico. A tal fin reproduce unas palabras suyas que copiamos:

«El mayor peligro que hoy amenaza a la civilización es la estafación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos».

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

«Estos dos paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

«El mayor peligro que hoy amenaza a la civilización es la estafación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos».

«La sociedad tendrá que vivir para la máquina del Gobierno, y eso a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la nutre, y que, después de chupar el tétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo».

«Estos dos paratíficos de Ortega y Gasset él viene de perlas al señor Donis Ortiz para defender la libertad económica, para que el valor de los productos se determine por la demanda del mercado, no por los costos; para que el capital extranjero se invierta en España en trabajos ni limitaciones 100 por 100, por la buena razón de que se debe aprovechar «esa baza, hasta ahora no utilizada, por nuestra economía, la inteligencia y haradura de nuestra ma-

Las desventajas de un ministro franquista

(Viene de la primera pág.) ocurrencia de preguntar... en 1960 seguía pensando de Inglaterra y de Francia...

espontáneamente, a estrechar nuestra solidaridad con las potencias del Eje... de esa Francia entregada en manos de aquella mafia de metecos...

Voces amigas Lo que se escribe en otros países

En gran número de publicaciones extranjeras ha tenido singular eco y comentario el importante documento cursado recientemente por 339 sacerdotes vascos...

Mojones incommovibles

(Viene de la primera pág.) la voluntad mayoritaria de mi partido. Pero en las listas comunistas no se obedecen acuerdos mayoritarios sino «consignas»...

ber inexasables de conciencia dirigirse a sus conciudadanos para buscar una solución pacífica, justa y eficaz a los gravísimos problemas planteados...

Comisión Internacional de Juristas

Concurso de ensayos sobre «La participación del jurista en el desarrollo económico y social de su país, bajo el imperio de la ley»

COMISION INTERNACIONAL DE JURISTAS. Internacional Commission of Jurists. - Commission Internationale de Juristes...

CASTRES TOULOUSE

La Sección celebró reunión extraordinaria el día 24 de julio para tratar de la circular núm. 11 de la Comisión Ejecutiva.

LA GRAND'COMBE

Nuestra Sección PSOE celebró asamblea ordinaria el día 17 de julio, bajo la presidencia de Tomás Renedo y actuando de secretario Manuel Pérez...

TOURS

El día 10 de julio se reunió esta Sección en asamblea general, bajo la presidencia del compañero Calvet...

ARGELIA

Los afiliados de las Secciones de Argel, Maison Carrée, Blida y Orléansville quedan invitados por la presente a participar en las reuniones que celebrará la Sección de Argel...

BURDEOS

En el día 17 de julio se reunió en junta general esta Sección UGT. La Mesa de discusión fue presidida por José Campos...

PROGRESOS EN MAQUINARIA DE ARTES GRAFICAS

Una imprenta de Dinamarca ha contratado con un constructor suizo una rotativa para imprimir periódicos...

ESPERANTO

La Universidad Internacional de verano—instituto universitario que labora divulgando ciencias y cultura general mediante el Esperanto—ha decidido organizar su decimotercer período...

Charla con un comunista

No hace más de cuarenta años que yo soy comunista. Me he pasado toda la vida estudiando y leyendo...

«Y la realidad de nuestro problema es cual yo se la presenté a mi visitante. No tengo fe en que ningún apoyo exterior de fuerza a nuestra fórmula —aunque en diciembre de 1946 la hicieron suya— terminamente las Naciones Unidas—, pero tampoco veo por qué hayamos de tirar por el agua el auxilio, ciertamente escaso, que recibimos de la Internacional Socialista y de la Confederación de Organizaciones Sindicales Libres, auxilio que es la base de los socorros enviados a España, ni por qué hemos de romper nuestros vínculos con esas dos poderosas organizaciones que algún día podrían sernos de enorme utilidad. Auxilio y vínculos tales, nos serían misgados desde el instante mismo que nos fundiéramos con los comunistas. Esta fusión, sin efectos dentro de España, no nos proporcionaría fuerza alguna. Y, por lo que respecta a la Internacional Socialista y a la Confederación de Organizaciones Sindicales Libres, no nos serían de gran utilidad. Si por algún motivo se produjera una fusión de las dos, esto podría ser un bien, pero en ese caso tendríamos que aceptar la fórmula de la Internacional Socialista. Eso, por lo que respecta a la Internacional Socialista, no nos lo proponemos. Es decir, arruinaríamos lo poco de que ahora disponemos que —¿quién sabe?— puede convertirse en mucho algún día.»

EN SUECIA: REPERCUSSION DE LA SEMANA DE 45 HORAS SOBRE LA PRODUCCION. El índice de la producción industrial tras corrección de las variaciones temporales...

Actitud de un nuevo partido. CON posterioridad a haber cursado yo la misiva de que transcribo varios pasajes, tuve ocasión de conocer algunos documentos de Izquierda Democrática...

LOS TRABAJADORES SUECOS Y EL FONDO DE SOLIDARIDAD DE LA DIOSL

La colecta lanzada en otoño pasado por la Confederación General del Trabajo de Suecia para el Fondo de Solidadad de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), está ya prácticamente terminada.

En un estudio de Estados Unidos han llegado a controlar una parte importante de la actividad económica de América Latina mediante inversiones directas. Las «Inversiones directas» comprenden la propiedad de acciones y obligaciones en filiales extranjeras o compañías dependient de empresas norteamericanas...

Los yanquis en América latina

Entre los fundadores figuran personalidades científicas de diversas corrientes de opinión de Alemania, Bélgica, España, Francia, Gran Bretaña, Italia, Suiza, Yugoslavia, India y Estados Unidos de América.

SE DESEA CONOCER EL PARADERO...

—De Juan Mesa Medina, originario de Quinta (Granada), que fué capitán en la cuarta Compañía del primer Batallón de la 89 Brigada. Pregunta por el Sr. Francisco González Molina. Pero comunicar las noticias a José Aquino Chávez, Mar Saint Georges, por Tronillas (Pyrénées Orientales).

DEL COMPANERO VICENTE AMINIO MAGAN

Ya en 1939 era bien fuerte la suma. Y después...

Secretariado Profesional de Metalúrgicos

La reorganización de nuestra Federación Nacional

Por W. Carrillo

¿Qué orientación sindical seguirán los trabajadores de nuestro país una vez que, derribado el régimen actual, hagamos frente a los trabajos de reorganización del movimiento obrero, en general? Eso dependerá, seguramente, de quienes sean más rápidos y más activos en poner manos a la obra y cuenten con medios económicos suficientes para la propaganda que será necesario hacer.

admite nuestra representación en las reuniones del Comité Central y de los Congresos que celebra, aun cuando nos ha dispensado del pago de cotizaciones. Estamos, pues, seguros de que no nos abandonará cuando acudamos a ella en demanda de ayuda para nuestra reorganización. Esta seguridad nos la proporciona no sólo el trato que nos dispensa en la actualidad, sino también el interés que nuestra Internacional tiene en extender su radio de influencia a todo el mundo...

Hemos señalado al principio de este trabajo algunas de las dificultades con que habremos de tropezar en nuestro trabajo de reorganización cuando llegue el ansiado día de entregarnos a tal menester. No las hemos citado todas. De propio intento hemos dejado para este lugar una muy importante, de la que dependerá mucho la mayor o menor rapidez de la reorganización y la importancia que en cuanto a número de afiliados podamos alcanzar. Nos referimos a nuestras relaciones con los compañeros metalúrgicos de la CNT...

Una carta abierta

Sobre el discurso del nuncio

En una carta, cuyos términos agradezco, un comunicante de sede España, en propio nombre y en el de otros compañeros suyos, nos ruega la publicación de la siguiente carta abierta, que es una expresión más del hondo disgusto que en numerosos católicos ha producido la extraña aprobación dada por el nuncio, monseñor Antonutti, a los extravíos políticos del conjunto del episcopado español.

Julio del año 1960. Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Hildebrando Antonutti, Nuncio Apostólico en España. Madrid.

Sea concedido a un español, antes de la grey anodina de los que en silencio sufren, ahora ya decididamente del montón y de la protesta que por fin parecen ser sinceras, seriamente en esta bendita tierra mía, expresar el impacto que en su espíritu ha producido el discurso que vuestro excelentísimo y Reverendísimo Señor...

La ideología de Marañón

(Viene de la cuarta pág.)

herse repatriado al cabo de seis años de exilio. Si alguno de quines por eso le criticaron, repasase las listas de afiliados a su respectiva agrupación, advertiría bajas producidas por correligionarios repatriados, inclusive buen número de diputados. El deber de continuar en el exilio resulta tanto mayor cuanto más alta es la representación política que se tenga o haya tenido, y Marañón no tenía ninguna. En 1931, los partidos republicanos y socialistas decidieron abrir huecos en sus candidaturas para diputados constituyentes a personas de prominencia intelectual, sin afiliación determinada, y a quienes nada se les exigió...

ner que el Gobierno de Franco pagaría el importe de los desperfectos. Alarmado yo, al saber que Gregorio Marañón figuraba el primero en la lista de candidatos al asesinato, le propuse que sin tardanza emprendiera viaje a América y permaneciese en este Continente larga temporada. Me contestó con serenidad, negándose y procurando tranquilizarme. Nada ocurrió, porque el herido, a quien diariamente visitaban ministros de Franco para abultar el suceso y fomentar el espíritu de venganza, hubo de curarse, y por que, además, se comprobó que le había agredido otro franquista. Eran días de agitación estudiantil y el agresor disparó contra su compañero, tornándolo equivocadamente por un estudiante democrata. Así lo confesó al conclave de jefes de Falange, reunidos para ejecutar los crímenes reivindicadores. ¿Cómo, ante semejantes antecedentes, podía explicarse la animosidad, o frialdad, de cualquier sector de nuestro exilio respecto a Marañón? Pero, además, éste fue el iniciador en ocasiones varias de la recogida de firmas al pie de escritos demandando la libertad de los presos políticos. El redactaba las solicitudes y él allegaba las primeras firmas entre sus más eminentes colegas de la Academia Española. ¿Se le ignoraba como promotor de la iniciativa? Mas no se podía ignorar que entre las firmas figuraba la suya, y ello debía inspirarnos a todos calurosa gratitud, en vez de injustificadas rivalidades...

últimos episodios, hasta el siglo XIX, tengo ya casi terminados, a pesar de mi inmenso quehacer universitario y profesional. ¿Cuánto se aprende revolviendo papeles y comparándolos con los de hoy! El mundo y su historia son un tema invariable o con piquísima capacidad de variación. En varias cartas me exhortó a que yo fuera proveyéndole de fichas de exiliados que iban muriendo lejos de España. Muy detallada fue la que le hice de la prolongada y penosísima agonía de nuestro íntimo amigo el jurisconsulto Felipe Sánchez Román. Entre los médicos desaparecidos, no faltaron las de Rafael Fraile, Alejandro Otero y José María Fernández Colmeiro. Hablando de este último, profesor del Instituto Curie, de París, me manifestó: «Ya había sabido por la «Revue de Médecine», de Francia, la noticia, para mí, y creo que para todos, tristísima de la muerte del doctor Fernández Colmeiro que era una gran autoridad, reconocido como tal rival en cuestiones de radio. Y sobre todo, un hombre tan notable tan bueno como el pan. He hecho una nota recordándole en nuestra Revista del Hospital.» Otras notas análogas, encendidas de elogios, dedicó a Fraile y Otero, que en Méjico reconquistaron rápidamente la fama de que gozaban en España. Saliendo ya de la esfera de hombres científicos para entrar en la de políticos, voy a copiar, puesto que la tengo a mano, la ficha mortuoria de Alvaro de Albornoz que mandé a Marañón, y que dice así: «Tomándolas de referencias bancarias, el Gobierno franquista hizo circular por todo el mundo unas relaciones de embajadores y agregados financieros que tuvieron a su disposición, durante la guerra, cuantiosas sumas. Estas, en su totalidad, representaban una cifra astronómica, porque los divulgadores de tales asientos bancarios no quisieron aclarar que esas mismas sumas se movían, mediante transferencias, de uno a otro embajador o de funcionarios a sus órdenes, según fueren los lugares en que hubieran de invertirse o, mejor dicho, donde se creyó que podrían ser invertidas. Así, por ejemplo, Alvaro de Albornoz, que fue embajador en París, aparece en posesión de no sé cuántos millones. Pues bien, el entierro de Albornoz fue pagado por Luis Cano —un toledano, no de la capital, sino de la provincia—, a cuyas órdenes trabajó el hijo de Albornoz. La viuda no disponía de fondos para adquirir el ataúd y comprar la fosa en el cementerio español. De estos casos, podría contar bastantes.» El archivo de Gregorio Marañón ha quedado inconcluso, porque la muerte siguió segando en el destierro vidas de españoles meritorios y honrados sobre cuya historia, sin mácula, vertió el régimen franquista toneladas de lodo. Difícilmente hallaremos otro varón de tanto talento y tanta valentía que quisiera proseguir con la misma generosidad esa obra de justicia. Testimonio de gratitud

De España

ACOTACIONES

(Viene de la pág. primera.) no de obras; para que los industriales y comerciantes de la misma libertad de acción de que disfrutaban sus colegas en otros países y la misma protección para toda actividad exportadora. Seguramente que Ortega y Gasset no se propuso a ser cesarina filosófica del capitalismo ni de esa libertad para exportar los mercados tal como la tiene el señor Donis Ortiz. Pero este señor que abo alina el intervencionismo ha dicho, reclama «protección para toda actividad exportadora»; seguro que reclama esa misma protección para mantener la abaratar de nuestra máquina obrera con esa máquina cuya muerte es mucho más cadavérica que la del organo vivo, por cuya falta de función estamos muy lejos de verla escrita. No hay duda de que la cita de Gasset lo concibió el autor para defender lo que defiende Donis Ortiz, sino para escarnecer aquellas prerrogativas del Estado que merman las legítimas libertades del hombre. En favor de ellas nada nos dice el intrépido ingeniero de Min. El utiliza a Ortega y Gasset para reforzar y legitimar la libertad del capitalismo que explota al obrero por el hombre.

negocio. Las condiciones sociales de España y su situación geográfica propician los buenos negocios a base de producir en nuestro país, con mano de obra regalada, para vender la producción en los mismos mercados de las compañías extranjeras que están dispuestas a financiar el nacimiento de las refineras. OTRO HILJ DEL MISMO OVILLO. Unos compran lana en el extranjero, en régimen de importación temporal; otros, cobre o acero: todo ello para manufacturarlo y venderlo en el extranjero. El procedimiento goza de la exoneración de arancel puesto que es un producto que entra temporalmente para salir luego —ya convertido en productos terminados— al mercado extranjero. Ya se comprenderá que no se hace por caridad hacia los obreros españoles a fin de darles ocasión de ganar un salario. No hay duda de que, de hecho, los españoles tienen ocasión de ganar unos salarios que no ganarían si no se procediera así. Tampoco hay duda de que los fabricantes españoles acrecen sus posibilidades de ganar dinero y que el Instituto Nacional de Moneda Extranjera obtiene una mayor suma de divisas al cabo del año. Todo eso es cierto, pero también lo es que esas operaciones sólo son factibles no porque nuestra industria sea mejor que la extranjera ni porque la producción española se distinga por una calidad superior, sino porque el régimen, manteniendo su cristiana concepción de lo social, permite la escandalosa explotación de la mano de obra española haciendo posible que los costos de la producción sean por este concepto más bajos que en otros pueblos. Así, pues, no sólo la patronal española beneficia de esta inicua explotación, sino que Gobierno y patronal colaboran en la repudiable tarea de, al mismo tiempo que esclavizan a los españoles, utilizarlos para competir en el mercado del trabajo con sus hermanos de clase de otros pueblos. Esta fenomenología del capitalismo mundial describe a quienes pudieran pensar otra cosa, con respecto a la tendencia que es capitalismo por nuestro país. Que los capitalistas se aprovechen de las circunstancias, se explica. Lo que no se explica es que los trabajadores de los Estados democráticos no sean sensibles al peligro que ello encierra para ellos y para los españoles. J. B.

Lázaro de BETAÑIA EL NUEVO SECRETARIO CENTRAL DEL P. S. SUIZO. Ha sido nombrado secretario central del Partido Socialista Suizo el compañero René Frave, militante del cantón de Valais (Sion), que es abogado y ha obtenido además hace muy poco la licenciatura en una carrera comercial. En 1955 fue herido gravemente en Madrid un estudiante falangista. Sus correligionarios juraron cobrar cara su vida, si llegaba a perderla. Reunidos en el domicilio social de Falange los más altos jefes de esta chulería — que ahora es ya un cuerpo a extinguir — hicieron una lista de personalidades desafectadas al régimen que serían asesinadas si el muchacho fallecía. Previamente, y para demostrar su bravura, asaltaron en la calle de Miguel Ángel un colegio de señoritas, que dirigen Jimena Méndez, hija de Méndez Pidal, y Angeles Gasset, prima de Ortega, destruyendo el mobiliario y cometiendo toda suerte de fechorías. Como el edificio es propiedad de una Institución cultural de Boston, la Embajada norteamericana formuló una reclamación y es de supo-

De la España franquista Revoltijo Refiere la agencia británica Reuter, como información de origen yanqui, que por lo menos una vez en estas últimas semanas un avión comercial checoslovaco de la línea Praga-Conakry (ex Guinea francesa) se ha desviado de su camino para dirigirse hacia las bases norteamericanas establecidas en España. El piloto atendió sin vacilar las intimidaciones de la caza española para que rectificase la ruta. No hubo necesidad de que intervinieran cazas estadounidenses. Esa es una muestra de los peligros a que está expuesto el pueblo español a causa de esas dichosas bases militares extranjeras en nuestro territorio nacional, pues los checos no hubieran tenido ningún interés en realizar esa «desviación» de no haber existido allí las bases norteamericanas. Continuando la costumbre establecida años atrás, se ha celebrado recientemente en toda España, conforme a oportunas consignas, el «Día de la Prensa e Información de la Iglesia». Con esta ocasión, el obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Eijo y Garay, publicó un a circular haciendo resaltar la necesidad que tiene la Iglesia de difundir «la voz de Dios» por todos los medios. Siendo don Leopoldo miembro del Consejo Superior de Falange —aunque la Iglesia dice no mezclarse en política—, es de suponer que la voz de Dios habrá sido la voz de Falange.

Fichas de un archivo inconcluso. L copiar parte de lo que «Idearium» ha recogido del libro «Españoles fuera de España», ofreci pruebas de que Marañón se proponía completar esta obra con otra consiguiente a la actual emigración republicana. «Sus escritos —me manifestó en septiembre de 1957— aumentan generosamente mi archivo para escribir, el día de mañana, la historia de la emigración política actual, continuación de la iniciada en mi «Antonio Pérez», y cuyos

QuiERO cerrar este desmembrado trabajo mio con un testimonio de gratitud personal. Mi última correspondencia con Gregorio Marañón, hasta sus últimos días, versó casi exclusivamente sobre cartas que yo cursaba entonces a un amigo de ambos y que él concipió por copias que no dejó de remitirme. El destinatario de mis misivas, con obstinación digna de mejor causa, empeñábase en repetir resobados cargos contra el Gobierno de la República. Yo, puesto en vena de contestarle, relaté cosas sabidas y otras inéditas que al fin y al cabo sabrán Marañón, con vehemencia en él desacomodada, increpó a mi correspondencia, y yo decididamente de mi lado. Yo no se recató para tales increpaciones, pues incluso las lanzó ante multitud de comensales en un banquete campestre organizado para festejar el aniversario de la boda de su nieta Carmen Fernández de Aroz con el ingeniero Jaitar del régimen franquista. me Urquijo, comensales entre quienes figuraban altos dignatarios de la República. No fue Marañón quien me enteró de ese incidente, ni de otro, por la misma causa, también público, aunque con menor resonancia. Merece, pues, honda gratitud de mi parte. Aquí termina el bosquejo de quien, a fuer de liberal, se puso en 1931 al servicio de la República, sin haberse afiliado nunca al republicanismo. Hace tres años, en una carta manuscrita, me dijo: «Tengo más arraigada que nunca mi fe liberal y no sé si veré su realización.» Ha muerto sin verlo en España, y es probable que los hombres de su generación tampoco lo veamos, ni en España ni en ninguna otra parte, pues el mundo, bien bruscamente, o bien poco a poco, va borrando el liberalismo. Pero ello no nos exime de la obligación de luchar sin descanso en su pro. Indalecio PRIETO

CIFRAS Y CITACIONES

El diario alemán «Frankfurter Allgemeine» publica una clasificación de los principales países industriales en el curso del último siglo. Comparémos las situaciones de 1860 y 1959: En 1860: primero, Inglaterra; segundo, Francia; tercero, Estados Unidos; cuarto, Alemania. En 1959: primero, Estados Unidos; segundo, Rusia; tercero, Alemania; cuarto, Inglaterra. «He insertado en el diario suizo «Journal de Genève» una estadística de la producción de automóviles en los países del Mercado Común en 1959. Véase en cabeza dos empresas de economía colectiva: Volkswagen con 405.000 vehículos, y Renault, con 395.000. Se convence de la prisa de ciertos alemanes por devolver las facturas de Volkswagen al sector socialista: ¡Los hay listos!

UNA JIRA EN MARSELLA Organizada por los Comités locales de la UGT y del PSOE de Marsella, tendrá lugar el domingo día 4 una jira al Lago de Pertuis (cerca de Pertuis). Salida a las 7,30 horas de los trenes de la Bolsa. Inscripciones todas las tardes, en 12, rue Pavillon. Imprenta Especial EL SOCIALISTA Gerente: R. DONAS 30, rue Sainte.—Marsella.

De la España franquista Revoltijo Refiere la agencia británica Reuter, como información de origen yanqui, que por lo menos una vez en estas últimas semanas un avión comercial checoslovaco de la línea Praga-Conakry (ex Guinea francesa) se ha desviado de su camino para dirigirse hacia las bases norteamericanas establecidas en España. El piloto atendió sin vacilar las intimidaciones de la caza española para que rectificase la ruta. No hubo necesidad de que intervinieran cazas estadounidenses. Esa es una muestra de los peligros a que está expuesto el pueblo español a causa de esas dichosas bases militares extranjeras en nuestro territorio nacional, pues los checos no hubieran tenido ningún interés en realizar esa «desviación» de no haber existido allí las bases norteamericanas. Continuando la costumbre establecida años atrás, se ha celebrado recientemente en toda España, conforme a oportunas consignas, el «Día de la Prensa e Información de la Iglesia». Con esta ocasión, el obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Eijo y Garay, publicó un a circular haciendo resaltar la necesidad que tiene la Iglesia de difundir «la voz de Dios» por todos los medios. Siendo don Leopoldo miembro del Consejo Superior de Falange —aunque la Iglesia dice no mezclarse en política—, es de suponer que la voz de Dios habrá sido la voz de Falange.

Fichas de un archivo inconcluso. L copiar parte de lo que «Idearium» ha recogido del libro «Españoles fuera de España», ofreci pruebas de que Marañón se proponía completar esta obra con otra consiguiente a la actual emigración republicana. «Sus escritos —me manifestó en septiembre de 1957— aumentan generosamente mi archivo para escribir, el día de mañana, la historia de la emigración política actual, continuación de la iniciada en mi «Antonio Pérez», y cuyos

QuiERO cerrar este desmembrado trabajo mio con un testimonio de gratitud personal. Mi última correspondencia con Gregorio Marañón, hasta sus últimos días, versó casi exclusivamente sobre cartas que yo cursaba entonces a un amigo de ambos y que él concipió por copias que no dejó de remitirme. El destinatario de mis misivas, con obstinación digna de mejor causa, empeñábase en repetir resobados cargos contra el Gobierno de la República. Yo, puesto en vena de contestarle, relaté cosas sabidas y otras inéditas que al fin y al cabo sabrán Marañón, con vehemencia en él desacomodada, increpó a mi correspondencia, y yo decididamente de mi lado. Yo no se recató para tales increpaciones, pues incluso las lanzó ante multitud de comensales en un banquete campestre organizado para festejar el aniversario de la boda de su nieta Carmen Fernández de Aroz con el ingeniero Jaitar del régimen franquista. me Urquijo, comensales entre quienes figuraban altos dignatarios de la República. No fue Marañón quien me enteró de ese incidente, ni de otro, por la misma causa, también público, aunque con menor resonancia. Merece, pues, honda gratitud de mi parte. Aquí termina el bosquejo de quien, a fuer de liberal, se puso en 1931 al servicio de la República, sin haberse afiliado nunca al republicanismo. Hace tres años, en una carta manuscrita, me dijo: «Tengo más arraigada que nunca mi fe liberal y no sé si veré su realización.» Ha muerto sin verlo en España, y es probable que los hombres de su generación tampoco lo veamos, ni en España ni en ninguna otra parte, pues el mundo, bien bruscamente, o bien poco a poco, va borrando el liberalismo. Pero ello no nos exime de la obligación de luchar sin descanso en su pro. Indalecio PRIETO

La ideología de Marañón

Por Indalecio PRIETO

La prestigiosa revista «Cuadernos Americanos», que se edita en Méjico bajo la dirección del ilustre intelectual Jesús Silva Herzog, ha publicado en su último número —300 páginas— varios artículos dedicados a Gregorio Marañón, cuyo fallecimiento impresionó mucho en toda América. Entre esos trabajos figura uno de nuestro compañero Indalecio Prieto. Este, valiéndose de cartas que durante los últimos años le dirigiera Marañón, trazó en dos artículos que aparecieron en EL SOCIALISTA la silueta de tan insigne español. Para completar ese perfil, reproducimos hoy lo que nuestro amigo ha escrito para «Cuadernos Americanos» y que ofrece el recuerdo de episodios interesantes en la vida nacional, sin que se repita nada de lo que Prieto escribiera antes.

A este disponerme a escribir este artículo para «Cuadernos Americanos», recibí de Madrid un libro recién impreso allí, titulado «Idearium de Marañón», constituido con pensamientos de éste que recoge el doctor Alfredo Juberías en unión de varios colaboradores. No se trata de un libro editado al amparo de la triste actualidad del fallecimiento de tan eximio español, sino, como ya dije, poco antes del fúnebre suceso.

Marañón, parapetándose en su peculiar modestia, había escrito a Juberías: «Me parece absurdo el que recolección de usted mis pensamientos, pues todos caben en una cáscara de nuez», a lo cual contesta el coleccionador en unos renglones de ofrenda, diciendo: «Faltaba dentro del campo de la literatura española una obra de conjunto donde el buen lector pudiera tener en sus manos la trayectoria del pensamiento marañoniano sobre los temas eternos; esos pensamientos como evangelios granos de mostaza que, si todos caben en una cáscara de nuez, han influido profundamente e influirán en la formación intelectual de nuestra generación española.»

El volumen, de casi setecientas páginas, está dividido en los siguientes capítulos: «La Medicina y los médicos», «La Universidad», «El escritor», «El libro», «El matrimonio», «Política e Historia», «La Pintura», «La cocina española», «El vino», «Varios». Como quiera que, valiéndome exclusivamente de cartas que durante estos últimos años me cursara mi entrañable amigo, había yo trillado bastante el camino político seguido por él, me puse a leer, antes que nada, el capítulo «Política e Historia», ávido de descubrir una nueva senda que me evitara recorrer la ya recorrida en dos artículos que publiqué a raíz del llorado fallecimiento. Pero no encontré lo que buscaba.

Epigas sueltas en la muy dilatada mies :—
HALLE, si, definiciones valdeberas para cualquier época, como las que aquí entresaco.

Creo que todas las ideas políticas son buenas, con las dos únicas condiciones de que sean profesadas con desinterés y de que nunca un grupo de hombres se atribuya la rectitud y autoridad. Si que nos contradice y nos ataca es ajeno a estos tres juicios, lo mejor es callar, por dura que sea la agresión.

Del libro «Españoles fuera de España» que según probare luego, Gregorio Marañón proyectaba completar con otro dedicado a quienes ahora estamos expatriados, el seleccionador ha transcrito los siguientes pasajes.

En España, tierra de patrones, la sanción de los extremistas ha sido, en los últimos decenios, implacable contra los que, por deliberado amor a España o por impulso inconsciente de este mismo amor, han pretendido decir la verdad. Inmediatamente se les ha calificado de antiespañoles, ya por los bandos tradicionalistas, si la voz leal era más bien avanzada, ya por el gremio de los avanzados, si la crítica salía de bocas moderadas. Cuando el crítico es ecuaníme, cuando es, en su noble sentido, liberal, las pedradas le lueven por igual desde los dos extremos. Pero a la larga, la gran gloria de España, sin embargo, está amasada con la obra de todos estos sedicentes y perseguidos antiespañoles. Lo malo de la Inquisición, lo que excitó el odio de todos y lo que acabó con su crédito desde mucho antes de que fuera abolida, no era su pretendida crueldad, sino el haber fomentado la delación, el haber dignificado, considerándola como servicio a Dios, con lo que se hicieron, como esponjas en un

cenagal, las malas pasiones de la humanidad resentida. El exiliado sufrirá pensando en los que se quedarán y en los que volverán; pero ¿sabemos si ellos están seguros de no estar, más que nosotros, exiliados? La vida es un desierto universal. Lo he perdido todo, me dirás tú o aquel, o en sus muros, destruidos como yo, pero todo eso que hemos perdido, todo eso sin lo cual creíamos que no podríamos vivir, ahora vemos que no era nada, y el haber aprendido esta verdad, ¿no vale la pena del dolor que nos ha costado saberla? La patria no son los hombres que la pueblan ni los vanos afanes de cada día, sino la unión del pasado y del futuro que se hace en cada hombre vivo y, por tanto, en ti, y en mí; la tradición y la esperanza que se funden en un breve y inquietud de nuestra existencia mortal. Esto es la patria, y no lo que quiere la violencia del destino, que se disfraza de tiranía, y eso que, en verdad, la patria, ¿quién nos la puede quitar, estemos donde estemos?

Continuando su tarea, ciertamente difícil por lo abundantisíma mies, el espigador recoge los siguientes granos de tallos:

La autoridad absoluta crea en torno del que la ejerce una muralla inexpugnable para el observador. Del gran jefe, no se ven más que los gestos, y éstos, en su totalidad, reflejan la actitud de Marañón en los tiempos postreros del régimen monárquico, y la segunda describe escenas dramáticas con trascendencia histórica, ocurridas el 14 de abril de 1931 en su propio despacho de la calle de Serrano, lo reproduce íntegramente a continuación. Está escrito el propio año 31, a poco de haberse instaurado la República.

La ciencia quística —incapacidad de información, incapacidad de imaginación—, no sólo impidió a los dirigentes y sucesores del régimen calarse dentro de la transformación radical del país que se había elaborado ante sus propios ojos nublados, sino que ahora les impide percibir las verdaderas causas del fracaso y su trascendencia histórica. Signo típico de ello es el afán de localizar la responsabilidad de la revolución en personas concretas que son sólo, en realidad, episodios de una gran trayectoria evolutiva, llena de profundas raíces en el pasado y de nobles aspiraciones hacia el futuro. Los movimientos de los pueblos, encendidos de pasión o de ideal, tienen mucho de fenómenos cósmicos; y tan pronto como atribuyen a los pecados de un hombre o de un pueblo, como sucedía en la mentalidad medieval, es el propósito de explicar aquellos por la propaganda de un grupo de personas o por la actividad de un agitador.

Los monárquicos españoles, ausentes de la honda revolución de la conciencia popular, han ido en estos últimos tiempos buscando víctimas en quienes personalizar la responsabilidad de lo que ya era inevitable y en gran parte obra de su propia ineptitud. Primero odiaron a Sánchez Guerra, sin percibir que su rebeldía en Valencia, en enero de 1929, y su discurso al teatro de la Zarzuela de Madrid, en el que declaró la incompatibilidad de los partidos con la monarquía, eran sólo expresiones históricas del proceso revolucionario iniciado, que eligieron como portavoz su figura notable y representativa, por la misma razón que el rayo no cae al azar sobre la tierra, sino atraído por accidentes específicos.

Tampoco pudieron darse cuenta del sentido histórico de la proclamación republicana de los políticos de la derecha que, como Alcalá Zamora y Miguel Maura, dirigieron hoy el Gobierno de la naciente República.

La rebeldía contra el pasado de un hombre tan temperado como Ossorio y Gallardo les pareció arbitraria y desequilibrada. Y, finalmente, en el trance del desplome, han concertado su pasión adversa en el conde de Romanones, que como es sabido, fue objeto de un ataque colectivo, con conatos graves de agresión personal, por parte de los palatinos, cuando salió por última vez de la cámara regia la tarde del 14 de abril. Nadie le ha servido, sin embargo, al rey, con tanta lealtad como este inteligente político, cuya culpa en esta ocasión ha sido la de casi todos los demás monárquicos; la mentalidad enquistada. Esto le hizo creer hasta el último instante que la Monarquía ganaba, sin la menor duda, las elecciones. Y es también obra del des-

re profesiones de fe, sino ejercicio de un modo natural sin exhibir ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir.

El doctor Marañón pronosticó la muerte de la monarquía :—

He dejado dicho que en el capítulo «Historia y Política», de «Idearium», no encontré lo que buscaba, porque aun cuando topé con brillantes definiciones valdeberas para cualquier época, no descubrí nada que se refiriera al acondicionamiento circunstancial de Gregorio Marañón a sus ideas liberales. Esto era lo que yo pretendía encontrar, y hurgando en otra parte, he dado con un documento del que el doctor Juberías no apunta rastro, pese al extraordinario interés que reviste. ¿Por qué no lo logró hallarlo? ¿Porque la censura cruzó con el implacable lápiz rojo las correspondientes galeras? Sea de ello lo que sea, yo no puedo prescindir de un trabajo tan esencial para mi propósito, y como no me siento autorizado para truncarlo y como, además, resulta interesantísimo en sus dos partes, pues la primera, con valor de autobiografía, refleja la actitud de Marañón en los tiempos postreros del régimen monárquico, y la segunda describe escenas dramáticas con trascendencia histórica, ocurridas el 14 de abril de 1931 en su propio despacho de la calle de Serrano, lo reproduce íntegramente a continuación. Está escrito el propio año 31, a poco de haberse instaurado la República.

La ciencia quística —incapacidad de información, incapacidad de imaginación—, no sólo impidió a los dirigentes y sucesores del régimen calarse dentro de la transformación radical del país que se había elaborado ante sus propios ojos nublados, sino que ahora les impide percibir las verdaderas causas del fracaso y su trascendencia histórica. Signo típico de ello es el afán de localizar la responsabilidad de la revolución en personas concretas que son sólo, en realidad, episodios de una gran trayectoria evolutiva, llena de profundas raíces en el pasado y de nobles aspiraciones hacia el futuro. Los movimientos de los pueblos, encendidos de pasión o de ideal, tienen mucho de fenómenos cósmicos; y tan pronto como atribuyen a los pecados de un hombre o de un pueblo, como sucedía en la mentalidad medieval, es el propósito de explicar aquellos por la propaganda de un grupo de personas o por la actividad de un agitador.

Los monárquicos españoles, ausentes de la honda revolución de la conciencia popular, han ido en estos últimos tiempos buscando víctimas en quienes personalizar la responsabilidad de lo que ya era inevitable y en gran parte obra de su propia ineptitud. Primero odiaron a Sánchez Guerra, sin percibir que su rebeldía en Valencia, en enero de 1929, y su discurso al teatro de la Zarzuela de Madrid, en el que declaró la incompatibilidad de los partidos con la monarquía, eran sólo expresiones históricas del proceso revolucionario iniciado, que eligieron como portavoz su figura notable y representativa, por la misma razón que el rayo no cae al azar sobre la tierra, sino atraído por accidentes específicos.

Tampoco pudieron darse cuenta del sentido histórico de la proclamación republicana de los políticos de la derecha que, como Alcalá Zamora y Miguel Maura, dirigieron hoy el Gobierno de la naciente República.

La rebeldía contra el pasado de un hombre tan temperado como Ossorio y Gallardo les pareció arbitraria y desequilibrada. Y, finalmente, en el trance del desplome, han concertado su pasión adversa en el conde de Romanones, que como es sabido, fue objeto de un ataque colectivo, con conatos graves de agresión personal, por parte de los palatinos, cuando salió por última vez de la cámara regia la tarde del 14 de abril. Nadie le ha servido, sin embargo, al rey, con tanta lealtad como este inteligente político, cuya culpa en esta ocasión ha sido la de casi todos los demás monárquicos; la mentalidad enquistada. Esto le hizo creer hasta el último instante que la Monarquía ganaba, sin la menor duda, las elecciones. Y es también obra del des-

tino histórico, que los ciegos no pueden comprender, el que, sin saberlo ni quererlo, sirve de instrumento a la inevitable revolución en marcha. El hecho revolucionario tenía más fuerza que todas las consideraciones teóricas. Y el gran centro cultural dejó su paz por la agitación, con la contrariedad de muchos —la mía, por ejemplo—, pero, probablemente, sucedieron así las cosas porque debían suceder. Los monárquicos no se dieron cuenta de la importancia de la propaganda intelectual hasta que ya era tarde; casi dos meses antes de las elecciones. En cambio, reaccionaron, pero con evidente torpeza. Hoy puede asegurarse que una parte esencial en las causas inmediatas del desmoronamiento del régimen se debió a la falta de tono adecuado en los discursos de propaganda monárquica y en los artículos de los periódicos de su partido. Procedían con torpeza, como si estuvieran ya en la oposición. Perdieron la fuerza serena que da la confianza en el propio poderío, y lo interperio justamente el instinto popular.

En esta cruzada intelectual, que iba cada día rompiendo las últimas adherencias entre la nación y sus directores seculares, destaca la labor de José Ortega y Gasset. Los éxitos de las batallas que se ganaban con la pluma son siempre difusos y mediatos, y aún, en los casos más brillantes, no comparables con los que logra el orador o el hombre que actúa directamente en la calle. Por eso quizá no valoramos hoy todavía lo bastante los dos grandes artículos que este autor publicó en enero y febrero del año corriente con los títulos de «El error de Berenguer» y «Delenda est Monarquía». En ellos culminó, con esa emoción del momento histórico que sólo perciben los hombres privilegiados, el esfuerzo inteligente que logró abatir el equilibrio inestable de la Monarquía —los más importantes— y aquellos amigos del rey que me parecían capaces de entender la realidad política, y que, en la medida de sus fuerzas, hicieran cuanto fue posible por que llegaran a los oídos de quienes debían oírlos las advertencias de más energía de la realidad. Muchos políticos monárquicos —los más importantes— y aquellos amigos del rey que me parecían capaces de entender la realidad política, y que, en la medida de sus fuerzas, hicieran cuanto fue posible por que llegaran a los oídos de quienes debían oírlos las advertencias de más energía de la realidad. Muchos políticos monárquicos —los más importantes— y aquellos amigos del rey que me parecían capaces de entender la realidad política, y que, en la medida de sus fuerzas, hicieran cuanto fue posible por que llegaran a los oídos de quienes debían oírlos las advertencias de más energía de la realidad.

Contemplada ahora, con la perspectiva que da no el tiempo, sino un brevisimo, sino la humanidad, hecho consumado, asombra la recalcitrante incompreensión de la evolución española, destada en 1931. Yo soy testigo de que el autor de «Delenda est Monarquía» no sólo percibió, en la medida de sus fuerzas, que el equilibrio inestable de la Monarquía —los más importantes— y aquellos amigos del rey que me parecían capaces de entender la realidad política, y que, en la medida de sus fuerzas, hicieran cuanto fue posible por que llegaran a los oídos de quienes debían oírlos las advertencias de más energía de la realidad. Muchos políticos monárquicos —los más importantes— y aquellos amigos del rey que me parecían capaces de entender la realidad política, y que, en la medida de sus fuerzas, hicieran cuanto fue posible por que llegaran a los oídos de quienes debían oírlos las advertencias de más energía de la realidad.

Últimas horas de un régimen milenario :—

LOS que firmaron el manifiesto a que aquí se refiere Gregorio Marañón no se declararon republicanos, sino democráticos del pueblo, de la República. De esos tres insignes firmantes, ninguno había sido nunca republicano. Si a alguien entre ellos había atribuido aficiones políticas era a Ortega y Gasset, pues buena parte de su obra filosófica muestra acusada tendencia al análisis de problemas políticos. Primeramente, Ortega sintió simpatía por los socialistas y asistió en la Casa del Pueblo, de Madrid, a alguno de nuestros Congresos nacionales, donde le vi seguir con interés los debates. Luego se dijo —ignoro si fundadamente— que simpatizaba con los radicales de Lerroux, cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de «Rebelión de las masas» nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa, al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado «monárquico sin rey»; de Sánchez Guerra, que valiéndose de unos versos clásicos, prometió «no más servir a señor que en gustos se convirtiera», y de todos los ex ministros que se apodaron «constitucionalistas» por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera.

El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquíades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la hefa dispuso que una tablilla con el nombre «Melquíades», colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido.

El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fue antimonárquico y, con mayor concreción, antifanfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la se-

gunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción.

Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigioso y unánime, en el que desechó, como en las elecciones anteriores, las ideas y las ideas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los electores. Los monárquicos no les ofrecía nada —es preciso fijarse bien en ello—, sino sólo conservación de lo establecido.

Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemnemente en posesión de la propia responsabilidad. Y, por lo tanto, con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad.

Este acento intelectual del movimiento explica el tono cívico y eminentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declamatorio de la revolución y el régimen real no ocurriera en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin el más mínimo temor de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo.

En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el golpe republicano en las urnas dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia entera de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos de estilo. Como una vía a crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia, ni con el programa de la izquierda, que se había convertido en el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquíades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, enclaustrado, decretó la creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y Gallardo le había sugerido la abdicación, en un mitin celebrado en Zaragoza, sugerencia que acogió desdeñosamente el rey. Ningún liberal, aunque no quisiera exhibir su liberalismo, podía ya figurar como monárquico. Para seguir siéndolo, o fingiéndolo, era preciso vestir la casa de cortesano.

Tres horas después se iniciaban las negociaciones y ocurría la entrevista entre Romanones y Alcalá Zamora, que éste ha referido al conde de Romanones, cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de «Rebelión de las masas» nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa, al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado «monárquico sin rey»; de Sánchez Guerra, que valiéndose de unos versos clásicos, prometió «no más servir a señor que en gustos se convirtiera», y de todos los ex ministros que se apodaron «constitucionalistas» por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera.

El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquíades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la hefa dispuso que una tablilla con el nombre «Melquíades», colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido.

El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fue antimonárquico y, con mayor concreción, antifanfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la se-

gunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción. Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigioso y unánime, en el que desechó, como en las elecciones anteriores, las ideas y las ideas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los electores. Los monárquicos no les ofrecía nada —es preciso fijarse bien en ello—, sino sólo conservación de lo establecido. Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemnemente en posesión de la propia responsabilidad. Y, por lo tanto, con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad. Este acento intelectual del movimiento explica el tono cívico y eminentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declamatorio de la revolución y el régimen real no ocurriera en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin el más mínimo temor de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo. En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el golpe republicano en las urnas dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia entera de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos de estilo. Como una vía a crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia, ni con el programa de la izquierda, que se había convertido en el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquíades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, enclaustrado, decretó la creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y Gallardo le había sugerido la abdicación, en un mitin celebrado en Zaragoza, sugerencia que acogió desdeñosamente el rey. Ningún liberal, aunque no quisiera exhibir su liberalismo, podía ya figurar como monárquico. Para seguir siéndolo, o fingiéndolo, era preciso vestir la casa de cortesano. Tres horas después se iniciaban las negociaciones y ocurría la entrevista entre Romanones y Alcalá Zamora, que éste ha referido al conde de Romanones, cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de «Rebelión de las masas» nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa, al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado «monárquico sin rey»; de Sánchez Guerra, que valiéndose de unos versos clásicos, prometió «no más servir a señor que en gustos se convirtiera», y de todos los ex ministros que se apodaron «constitucionalistas» por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera. El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquíades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la hefa dispuso que una tablilla con el nombre «Melquíades», colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido. El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fue antimonárquico y, con mayor concreción, antifanfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la se-

gunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción.

Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigioso y unánime, en el que desechó, como en las elecciones anteriores, las ideas y las ideas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los electores. Los monárquicos no les ofrecía nada —es preciso fijarse bien en ello—, sino sólo conservación de lo establecido. Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemnemente en posesión de la propia responsabilidad. Y, por lo tanto, con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad. Este acento intelectual del movimiento explica el tono cívico y eminentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declamatorio de la revolución y el régimen real no ocurriera en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin el más mínimo temor de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo. En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el golpe republicano en las urnas dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia entera de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos de estilo. Como una vía a crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia, ni con el programa de la izquierda, que se había convertido en el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquíades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, enclaustrado, decretó la creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y Gallardo le había sugerido la abdicación, en un mitin celebrado en Zaragoza, sugerencia que acogió desdeñosamente el rey. Ningún liberal, aunque no quisiera exhibir su liberalismo, podía ya figurar como monárquico. Para seguir siéndolo, o fingiéndolo, era preciso vestir la casa de cortesano. Tres horas después se iniciaban las negociaciones y ocurría la entrevista entre Romanones y Alcalá Zamora, que éste ha referido al conde de Romanones, cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de «Rebelión de las masas» nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa, al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado «monárquico sin rey»; de Sánchez Guerra, que valiéndose de unos versos clásicos, prometió «no más servir a señor que en gustos se convirtiera», y de todos los ex ministros que se apodaron «constitucionalistas» por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera. El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquíades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la hefa dispuso que una tablilla con el nombre «Melquíades», colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido. El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fue antimonárquico y, con mayor concreción, antifanfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la se-

gunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción. Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigioso y unánime, en el que desechó, como en las elecciones anteriores, las ideas y las ideas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los electores. Los monárquicos no les ofrecía nada —es preciso fijarse bien en ello—, sino sólo conservación de lo establecido. Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemnemente en posesión de la propia responsabilidad. Y, por lo tanto, con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad. Este acento intelectual del movimiento explica el tono cívico y eminentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declamatorio de la revolución y el régimen real no ocurriera en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin el más mínimo temor de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo. En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el golpe republicano en las urnas dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia entera de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos de estilo. Como una vía a crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia, ni con el programa de la izquierda, que se había convertido en el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquíades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, enclaustrado, decretó la creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y Gallardo le había sugerido la abdicación, en un mitin celebrado en Zaragoza, sugerencia que acogió desdeñosamente el rey. Ningún liberal, aunque no quisiera exhibir su liberalismo, podía ya figurar como monárquico. Para seguir siéndolo, o fingiéndolo, era preciso vestir la casa de cortesano. Tres horas después se iniciaban las negociaciones y ocurría la entrevista entre Romanones y Alcalá Zamora, que éste ha referido al conde de Romanones, cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de «Rebelión de las masas» nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa, al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado «monárquico sin rey»; de Sánchez Guerra, que valiéndose de unos versos clásicos, prometió «no más servir a señor que en gustos se convirtiera», y de todos los ex ministros que se apodaron «constitucionalistas» por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera. El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquíades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la hefa dispuso que una tablilla con el nombre «Melquíades», colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido. El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fue antimonárquico y, con mayor concreción, antifanfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la se-

gunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción.

Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigioso y unánime, en el que desechó, como en las elecciones anteriores, las ideas y las ideas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los electores. Los monárquicos no les ofrecía nada —es preciso fijarse bien en ello—, sino sólo conservación de lo establecido. Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemnemente en posesión de la propia responsabilidad. Y, por lo tanto, con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad. Este acento intelectual del movimiento explica el tono cívico y eminentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declamatorio de la revolución y el régimen real no ocurriera en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin el más mínimo temor de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo. En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el golpe republicano en las urnas dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia entera de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos de estilo. Como una vía a crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia, ni con el programa de la izquierda, que se había convertido en el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquíades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, enclaustrado, decretó la creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y Gallardo le había sugerido la abdicación, en un mitin celebrado en Zaragoza, sugerencia que acogió desdeñosamente el rey. Ningún liberal, aunque no quisiera exhibir su liberalismo, podía ya figurar como monárquico. Para seguir siéndolo, o fingiéndolo, era preciso vestir la casa de cortesano. Tres horas después se iniciaban las negociaciones y ocurría la entrevista entre Romanones y Alcalá Zamora, que éste ha referido al conde de Romanones, cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de «Rebelión de las masas» nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa, al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado «monárquico sin rey»; de Sánchez Guerra, que valiéndose de unos versos clásicos, prometió «no más servir a señor que en gustos se convirtiera», y de todos los ex ministros que se apodaron «constitucionalistas» por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera. El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquíades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la hefa dispuso que una tablilla con el nombre «Melquíades», colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido. El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fue antimonárquico y, con mayor concreción, antifanfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la se-

gunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción. Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigioso y unánime, en el que desechó, como en las elecciones anteriores, las ideas y las ideas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los electores. Los monárquicos no les ofrecía nada —es preciso fijarse bien en ello—, sino sólo conservación de lo establecido. Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemnemente en posesión de la propia responsabilidad. Y, por lo tanto, con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad. Este acento intelectual del movimiento explica el tono cívico y eminentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declamatorio de la revolución y el régimen real no ocurriera en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin el más mínimo temor de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo. En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el golpe republicano en las urnas dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia entera de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos de estilo. Como una vía a crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia, ni con el programa de la izquierda, que se había convertido en el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquíades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, enclaustrado, decretó la creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y